

78: Sobredosis de felicidad - La Carrera Perfecta

- [78: Sobredosis de felicidad - La Carrera Perfecta](#)

78: Sobredosis de felicidad - La Carrera Perfecta

Por primera vez en siglos, Ryan despertó en paz consigo mismo.

Ciertamente, había tenido buenos amaneceres en el pasado. Despertar junto a Jasmine sería uno de sus recuerdos más queridos. Pero nada podía compararse con este hermoso momento. Su cuerpo estaba adormecido por las endorfinas; la tensión en sus músculos había desaparecido hacía mucho tiempo. Podría haber permanecido en su cama todo el día, sonriendo hacia el techo.

Ryan Romano era feliz.

Fue un esfuerzo titánico de voluntad levantarse y ponerse su disfraz presidencial, pues todavía tenía trabajo que hacer. Mientras se vestía, el mensajero miró el agujero que un robot había hecho en su bombín. Hace una vuelta de lazo, esa vista cruel habría provocado una rabia épica que arrasaría la ciudad.

Pero no hoy.

Ryan salió de su habitación sonriendo tras su máscara y encontró a Frank vigilando frente a las puertas. El gigante le saludó inmediatamente con una depósito militar. “Buenos días, señor presidente. No hay novedades.”

Ryan sonrió con ternura a aquella pobre criatura ilusa, su corazón lleno de calidez y compasión. “Agente Frank,” dijo mientras ponía una mano en la espalda del hombre, aunque tenía que ponerse de puntillas. “Eres el héroe más grande que ha tenido esta nación. Eres todo lo que un ciudadano estadounidense debería ser.”

Sus amables palabras estremecieron al gigante en lo más profundo. Frank habría llorado, si no fuera de metal. “Gracias, señor presidente. Todo lo que hago es para honrar a mi padre. Murió por una sobredosis de KFC mientras colgaba nazis con un lazo.”

“Una forma muy americana de morir. Estaría muy orgulloso de ti, hijo.”

Aunque Ryan tendría que asegurarse de que Frank y Len nunca terminaran en la misma habitación. Tenía la corazonada de que eso sería contraproducente.

Dejando a su guardia preferida en su vigilancia, Ryan se dirigió a la zona recreativa mientras silbaba para sí mismo. No le importaba que los gremlins colgados del techo balancearan sus cuerpos, ni cómo Rakshasa luchaba por limpiar un charco de sangre en el suelo.

Todo simplemente se sentía... correcto.

“¿Oh, estás despierto, jefe?” Ryan dirigió la vista hacia el altavoz, notando a Sarin jugando billar con Mosquito. El bicho tenía vendas en los hombros y alas. “Tenemos un problema. Los conejos molestaron a los niños para que jugaran afuera, y se mudaron al Botadero después de matar a todos los gremlins.”

“Me pegaron cuando intenté detenerlos,” se quejó Mosquito, señalando sus vendas. “Me pegaron.”

“Eso también.”

“Está bien,” respondió Ryan con calma. Si los peluches no destruían el mundo hoy, sería otra cosa, como un asteroide o una plaga. No es gran cosa.

La Chica de Material Peligroso no parecía convencida. “¿No dijiste que tus conejos no deberían salir nunca, bajo ninguna circunstancia—”

“Querida Sarin,” Ryan puso sus manos sobre los hombros de su vicepresidenta. “Todo estará bien. Te lo prometo, querida.”

“¿Estás drogado?” preguntó ella, dejando su taco y con expresión de disgusto hacia su superior. “Sé que tenemos una fábrica de jugos, pero... ¿qué se dice...”

“No te emociones con tu propio producto. Lo sé, dirigí un cartel de drogas.” ¡Y resultó genial! “Sarin, tengo algo que decirte. No eres la mejor ayudante que he tenido, esa sería la Panda, pero me caes bien. Me caes muy bien.”

Sarin empujó a Ryan hacia atrás y levantó un puño vibrante en su dirección. Él le había abierto su corazón, y así reaccionó ella. “¿Qué te pasa? Estás más raro de lo habitual.”

—Hoy me siento con ganas de ser amable, —dijo Ryan, suspirando con una expresión de pura dicha—. Sin bromas crueles, sin sarcasmo, sin comentarios hirientes. Solo pura benevolencia.

—Vuelve a la normalidad, que me estás poniendo los pelos de punta—.

—Prefiero que esté así—, afirmó Mosquito, intentando aprovecharse de la situación de inmediato—. Eso significa que hoy conseguimos jugo gratis, ¿verdad?, ¿porque estás de buen humor?

—Por supuesto, querido sanguijuela—, dijo Ryan, gozando en voz alta—. Disfruta de tu día libre, amigos míos. Porque mañana, iremos a la guerra.

El ultimátum de Manada expiró al día siguiente, y aunque Ryan tenía un plan para deshacerse de él, implicaba enfrentarse a Il Migliore. Quizás incluso al Carnaval, si los dos grupos ya habían contactado durante este ciclo.

Ahora que el presidente aseguraba su Casa Blanca y su base electoral, se disponía a tomar la ciudad por asalto.

El ascensor que conducía a los niveles inferiores se abrió antes de que Ryan pudiera explicar su plan a sus leales seguidores. Mongrel salió primero, seguido por una mujer rubia con los ojos enrojecidos. Ella mantenía la cabeza baja y evitaba las miradas de los otros, como si temiera sobrepasar los límites.

A Ryan le tomó solo un instante reconocer a Rain Ácido.

Su comportamiento, su postura, la manera en que se movía... todo, salvo su apariencia, había cambiado. Emitía una vibra completamente distinta a la de la loca asesina a golpes que el mensajero había aprendido a temer. Su postura transmitía sumisión.

—¿Rain?—preguntó Mosquito, probablemente esperando que la violenta maniática estallara en furia y los asesinara.—¿Rain, eres tú?

—Soy, eh... soy Helen—, respondió, incluso su voz era diferente ahora que ya no gritaba todo el tiempo—. Ese es mi verdadero nombre. Helen.

—¿Quién te dejó salir?—preguntó Sarin, señalándola con las manos.

—El Doctor. Dijo que... que el tratamiento había funcionado—, ácido Rain se rascó la nuca mientras todos la miraban en shock, y luego sonrió tímidamente a Ryan—. Perdón por intentar matarte antes. No... no pensaba con claridad.

—Está bien, te perdono—, dijo Ryan, con una compasión desbordante, y Sarin bajó sus armas—. Solo me alegra que aún conserves todo tu cabello.

—La quimioterapia también me sirvió a mí—, intervino Mongrel, con un tono sorprendentemente mundano.

Sarin giró inmediatamente la cabeza hacia él. —¿Puedes hablar?—.

—Sí, aunque me duele la cabeza cuando lo hago—, sostuvo la cabeza con la mano—. Creo que mi materia gris lentamente rellena el vacío que dejaron los tumores.

—Siento que despierto de una pesadilla larga—, dijo Rain Ácido, sonriendo a Ryan—. Gracias por ayudarme. De verdad, te lo agradezco muchísimo, más de lo que puedas imaginar.

—Pero, por lo que he visto, nuestro tratamiento actual no durará para siempre—, se quejó Mongrel con un gemido—, y eso es molesto.

No, no sería así. Los metabolismo mejorados de los Genomas significaban que desarrollaban tolerancia a los productos químicos mucho más rápido que las personas comunes. Con el tiempo, sus mutaciones se adaptarían al tratamiento de Alchemo, y ambos Psicós volverían a enloquecer.

Pero eso era solo un escenario extremo, y Ryan sabía que podría corregirlo. —Contamos con las herramientas necesarias para encontrar una solución permanente—, dijo, mirando a Mongrel—. Tengo la sensación de que necesitaremos tu ayuda.

—No voy a oponerme—, dijo Mongrel—. No quiero volver a comer solo ratas, ¿entiendes? Nunca pedí eso.

—Has bebido, como, cinco imitaciones—, señaló Sarin, sin mostrar piedad hacia su situación—. Ya apenas eras mejor que un perro cuando Adam te encontró hurgando en la basura.

Mongrel estremeció. —Encontré un Elixir Blanco mientras saqueaba las ruinas de la Vieja Roma, pero no sirvió de nada. Leí que los genomas blancos afectan a otros genomas, pero no logré hacer que mi poder funcionara. Así que pensé, seguramente habrá Elixires defectuosos por ahí, y me tocó la peor parte del sorteo. Ya tenía pensado comprar una imitación antes de encontrar mi original, así que...

Ryan adivinó cómo había sido, un escalofrío recorriéndole la espalda. “Bebiste un sucedáneo porque te sentiste impotente, y te convertiste en un Psicópata.”

La habilidad de Mongrel le permitía acumular más de un Elixir. Por sí misma, no hacía nada. Igual que Casper, el fantasma, solo se transformaba después de la muerte, algunos poderes necesitaban circunstancias muy específicas para activarse, engañando a quienes los poseían.

“Sí,” confirmó Mongrel con un asentimiento. “Te juro que, si encuentras una cura, jamás volveré a tocar un Elixir en mi vida. Los años como un animal enloquecido me hicieron ver la realidad.”

“Por seguridad, ¿no vas a traicionarnos también?” preguntó Mosquito a Acid Rain. “Arruinaste nuestra anterior teletransportadora en un arranque de ira.”

“No, no.” La joven sacudió la cabeza, con los ojos reflejando su horror. “Eso... eso no fui yo. No haré daño a nadie, lo juro.”

Parecía sincera, así que Ryan le brindó el beneficio de la duda. “Algo me ha estado rondando,” dijo el mensajero, aprovechando para interrogarla. “En tu estado de locura, no dejabas de repetir que yo cerré las puertas, y que algo llamado el Sumum quería que ganases.”

“Yo...” Helen cruzó los brazos, incómoda al recordar sus días como una loca. “Bueno, no recuerdo todo con claridad. Todo es una neblina. Pero creo que es por el portal dentro de ti.”

“El portal?” Ryan frunció el ceño tras su máscara.

“Sí.” Acid Rain buscó las palabras justas. “Cuando cambio con mis gotas de lluvia, no es instantáneo. Desde afuera parece que sí, pero para mí... todo se vuelve morado, y me muevo de un lugar a otro por un pasillo.”

“Entras en el Mundo Púrpura al teletransportarte, usándolo como un atajo a través del espacio.” Explicó por qué sus poderes podían detectar la activación del otro. Ambos compartían una fuerte conexión con la dimensión que los alimentaba.

“Cuando estoy allí, veo una extraña pirámide sobre nosotros, observando.” Helen inhaló profundo. “También escucho voces. No sé si me hablan a mí o a otra cosa, pero... oigo gente hablando.”

Cuando te miro en ese estado, puedo ver una vía que no puedo acceder. Una vía que tú cierras. Si tiene sentido.”

“Entiendo.” Ryan cruzó los brazos. “El asunto es que he logrado abrir una puerta al Mundo Púrpura en el pasado, pero solo con mi poder aumentado.”

“¿Puedes hacer eso?” Acid Rain levantó la cabeza con esperanza. “¿Podrías... podrías regresar en el tiempo a través de ese lugar? Sé que puedes. Es... todo el espacio y el tiempo, todo remite a ello.”

Sarin le lanzó una mirada knowing, y aunque parecía radiante de felicidad, fue lo suficientemente cauteloso como para no revelar la verdad. Especialmente ahora, cuando las cosas empezaban a mejorar.

“He... he perdido a mi familia por culpa de un... de un error,” dijo Helen, entrelazando sus dedos y mirando hacia abajo. “Por eso busqué un Elixir Violeta. Ya podía hacer llover, pero...”

“¿Bebiste un Elixir Violeta, a pesar de los riesgos?” preguntó Ryan.

Acid Rain negó con la cabeza, con el rostro pálido y las manos temblorosas. “Encontré uno, pero... pensé en dárselo a un amigo. Que quizás tendría suerte. Pero Adam... me atrapó y... tomó el Elixir Violeta, y dijo...”

Su mirada lo recordó a una víctima traumatizada atravesando un episodio de trastorno de estrés postraumático.

“Dijo que si realmente quería volver,... debería hacerlo yo misma. Así que él... abrió la botella y...” Su voz murió en su garganta, su respiración se acortó. “Y él...”

Ryan estremeció mientras escuchaba su relato y de repente se dio cuenta de que la obsesión de Hannifat Lecter por obligarlo a beber un Elixir no era un simple arrebató momentáneo.

Era un hábito.

Ese salvaje asesino deshacía a las personas, convirtiéndolas en caparazones rotos de su antiguo ser, hasta que no les quedaba otra opción que seguir sus órdenes.

“Dudo que podamos ayudar a tu familia, Helen,” pidió Ryan, destruyendo sus esperanzas. Incluso si lograba acceder al Mundo Púrpura, según Darkling, el Supremo preservaría la causalidad y evitaría los paradojas temporales. “Pero te ayudaremos, al menos. Lo juro.”

“Yo... está bien.” La forma en que lo dijo hizo que Ryan sintiera pena por Acid Rain, de quién sea que fuera, lo más extraño. Ella inhaló profundamente y logró calmarse. “Está bien.”

“Quizá puedas preguntar a los Augusti,” sugirió Mosquito. ¿Había redescubierto una chispa de humanidad? “He oído que Mercury puede resucitar a los muertos, y negociamos paz con ellos.”

“Los resucita como zombis sin mente, estúpido imbécil,” dijo Sarin, antes de volver a jugar en la mesa de billar. No era de las que se quedaban con momentos emotivos. “¿Alguien más quiere jugar? Estoy en racha ahora mismo.”

“Claro,” dijo Mongrel, antes de mirar a los gremlins muertos colgados del techo. “Y, por cierto, ¿por qué hay animales colgados muertos sobre la mesa?”

“Son nuestras amuletos de la suerte,” afirmó Sarin, mientras enviaba la bola 8 rodando hacia una tronera.

En ese momento, Toasty entró en la habitación, esquivando un charco de sangre y corriendo directamente hacia Acid Rain. “Hola, rubia,” saludó el tostador a Helen, mostrando su encanto. “¿Quieres que... tueste tu pan?”

La pobre mujer observó confundida al tostador, y luego a Ryan. “¿Es una broma?” preguntó.

“Si no quieres tu pan crudo, tengo mantequilla,” dijo Toasty seductoramente. Su actuación era pésima, pero bueno, era un tostador. “Dulce y suave mantequilla.”

“¿Cómo consigues mantequilla si no tienes brazos?” señaló Ryan, claramente.

“Oye, ya tienes suficientes chicas peleando por ti, déjanos a nosotros,” replicó Toasty. “¿Cuándo me pondrás dentro de ese gran y caliente robot en el garaje? Entonces, te mostraré brazos de verdad.”

“Mañana, amigo mío. Mañana.”

Wyvern había destruido robots y mechs en el pasado.

Pero nunca había luchado contra un tostador.

Tras explicar su plan diabólico a sus secuaces, Ryan se dirigió a los niveles inferiores.

Len había instalado un modesto taller de genios en una de las cámaras subterráneas cerca de la cúpula holográfica. Ryan había desactivado las cámaras y micrófonos para garantizar la privacidad, lo que Alchemo interpretó como una señal de que hacía cosas turbias con Len tras puertas cerradas.

Si el mensajero podía confiar en las pantallas en las paredes y en los bancos de información que mostraban, esa habitación solía ser algún tipo de archivo. Un proyector holográfico en el centro de la cámara mostraba un mapa de la Tierra, con media docena de puntos rojos brillantes en Eurasia. Quizá indicaran las instalaciones que aún poseía Mechron. Ryan tendría que rastrearlas después de resolver asuntos en Nueva Roma.

“Hola, pequeña,” le dijo a Len al descubrirla trabajando en la máquina de copiado cerebral. Ella había transformado su escritorio en un improvisado banco de trabajo. “Te ves bien.”

Había acostumbrado sus ojos a las ojeras que siempre rodeaban los ojos de Len, pero no ese día. Ella lucía tan descansada como Ryan mismo, y sus mejillas tenían algo de color.

“Hola, Riri,” dijo con una sonrisa cálida y amable. “Sí, me siento bien. Alchemo me dio pastillas y funcionan mucho mejor que mis antidepresivos anteriores. Puedo pensar claramente incluso sin usar mi poder.”

Aunque Ryan todavía desconfiaba de Alchemo, debía admitir que el Genio podía lograr mucho bien cuando lo deseaba. Si el mensajero aprendía a reproducir sus medicamentos milagrosos, podría brindar tratamiento a Len a través de los bucles. Con el tiempo, ella tal vez recuperaría la energía vibrante e inocente de su adolescencia.

—¿Algún avance con la máquina? —preguntó Ryan, observando aquel dispositivo con reverencia. Le había salvado de siglos de soledad. —Ahora que comprobamos que funciona y que Psyshock no nos seguirá otra vez, finalmente podemos hacer planes a largo plazo para el futuro.

Especialmente porque probablemente este bucle terminaría en otro tiroteo.

—Todavía no puedo creer que viajamos en el tiempo —admitió Len—. Cuando miré a Sarah, y cómo ella nunca había visto mi santuario, entendí cómo te sentías. Que la gente te olvide una y otra vez... debe ser enloquecedor.

—Eso fue antes —dijo Ryan, mientras se sentaba en el banco de trabajo—. Ahora podemos traer a más personas al bucle. Tengo un discípulo joven y arrogante que me encantaría que conocieras.

—Hay un problema, Riri —dijo Len, mordiendo su labio inferior—. La máquina solo puede enviar un mapa cerebral al pasado a la vez. Quizá pueda mejorarla y aumentar ese número, pero por ahora... estamos limitados a una sola persona.

—Entonces tú —dijo Ryan, entendiendo rápidamente los límites del método—. Y necesitaremos reconstruir la máquina y enviarte de nuevo en cada viaje, en una cadena ininterrumpida. Si se rompe una sola vez, olvidarás todo.

—A menos que tengamos un lugar donde podamos almacenar los recuerdos —confirmó Len con un asentimiento.

—Necesitaremos a Livia —dijo Ryan. El mensajero tenía la intención de hablar con ella para que ayudara en el proyecto de la cura para Psycho, así mataba dos pájaros de un tiro. —¿No decías que no confiabas en ella?

—Ella... cumplió con su parte del trato —Len respiró profundamente—. Quiero decir, podría haberle dicho a su padre que asaltara este lugar, pero no lo hizo. Quizá... tal vez juzgué mal a ella. No quiero que vea los planos de la máquina, pero podríamos colaborar.

—¿Tienes los recursos para recrear el escáner cerebral en tu base, Shortie? —su rostro tenso le indicó que no—. Desde que Psyshock destruyó el prototipo, necesitaremos crear uno nuevo desde cero.

—Yo... no, lo siento. Necesitaremos tecnología mejor que la que tengo. O la de Vulcan, o la de este búnker.

Lamentablemente, por ahora el mensajero no podía conquistar el búnker sin ayuda. Tras luchar contra las defensas, Ryan se dio cuenta de que le tomaría una cantidad indecible de bucles tomarlo solo. Tampoco podía hacerlo sin casualties, al menos no hasta perfeccionar el proceso mediante repetidas iteraciones.

Podría convencer a Vulcan o a Dynamis para que le proporcionaran tecnología bajo ciertas condiciones, pero Livia parecía ser la mejor opción. Si lograban un acuerdo, la princesa Augusti podría aportar una inmensa cantidad de recursos y servir como respaldo. —Preguntaré a Livia —dijo.

—¿Qué seguía después? —preguntó Len—. Yo... incluso si algunos ayudaron esta vez, estamos rodeados de Psicópatas. Mosquito y Mongrel, intentaron secuestrar a los niños hace un bucle.

—No me preocuparía por los niños. Considerando a sus protectores, me preocupa más quedarnos sin los matones.

—Es en serio, Riri. Es... Es difícil fingir que nada ocurrió. Cada vez que veo a los miembros de la Meta-Gang, siento la tentación de dispararles.

—Yo también —admitió Ryan—. Pero he llegado a comprender que, aunque hay monstruos entre ellos, algunos son víctimas de las circunstancias. No puedo evitar preguntarme qué harán con sus vidas, si logramos curarlos de su locura y adicción.

“Simplemente volverán a caer en sus viejos hábitos,” dijo Len con cinismo.

Ryan no estaba tan seguro. Aunque quizás era su optimismo interior quien hablaba, quería creer que personas como Mongrel o Acid Rain podían cambiar su vida. Tenía la intuición de que Sarin tampoco provocaría problemas si lograba recuperar un cuerpo de carne y hueso. Su Corrida Perfecta exigía salvar a quienes lo merecían.

“En cualquier caso, nos centraremos en dominar la tecnología de este búnker.” Darkling seguía insistiendo a Alchemo sobre el portal, pero el Genio aún luchaba por superar los cortafuegos de Mechron. Aunque los sistemas de seguridad del búnker ya no atacaban a primera vista, las áreas clave y críticas seguían inalcanzables por ahora. “Y después, enfrentaremos a Dynamis.”

Len asentó con la cabeza, su rostro revelando un atisbo de inquietud. “¿Vamos a atacar el Laboratorio Sesenta y Seis en esta ronda?”

“Sí. Ya puse en marcha las preparaciones del terreno.” Cualquier cosa que los aguardara dentro de la fortaleza de Dynamis, pronto la descubrirían. “Len, hay... hay algo de lo que quiero hablar.”

Ella apartó la vista. “¿Lo que Psyshock vio en mi mente, no?”

Sí.

“Len.”

Ryan inhaló con calma.

“Te amo.”

Ahí lo afirmó.

“He amado a muchas personas. Tantas que ni tú las puedes contar. He amado a Tea, a Jasmine, y... reconozco que tengo una enorme atracción por Wardrobe.” Maldita sea, ¿por qué ella ya estaba tomada? “Pero de todas esas relaciones, la nuestra... siempre tuvo un lugar especial en mi corazón. Esperaba que pudiéramos asentarnos en algún sitio. Construir una casa. Tener hijos. Ya sabes, el viejo sueño. Ahora que puedes recordar, necesito saber si sientes lo mismo.”

Había esperado tanto tiempo para decirlo.

Los brazos de Len permanecieron cruzados, apretándose aún más. Continuaba apartando la mirada, evitando su vista; quizás quería ahorrarle la tristeza en sus propios ojos, o tal vez sus emociones la abrumaban.

“Yo...” Len luchaba por encontrar sus palabras, mientras Ryan esperaba con paciencia. “Aún... supongo que después de todo lo que atravesamos juntos, eso nunca desaparecerá. Pero...”

Pero.

Una palabra tan pequeña, y sin embargo, capaz de aplastar tantos sueños.

“Pero sucedieron tantas cosas, Ryan,” dijo con un suspiro profundo y triste. “Tantas. Ojalá pudiéramos volver a tiempos más sencillos, pero... no podemos, incluso con tu poder. Soy... eres mi mejor amigo, Riri, y... no quiero que te vayas. Pero... no siento estar lista para que seamos algo más que eso. Quizás, nunca.”

Ryan permaneció en silencio, esperando algún indicio de sus sentimientos, ya esperados.

“Yo...” finalmente, Len lo miró a los ojos, y él pudo ver que estaba aterrorizada por su reacción. “Lo siento, Riri.”

“No, está bien,” la tranquilizó Ryan con dignidad, y era sincero. “He tenido siglos para procesar estos sentimientos y prepararme. Yo... te entiendo, Pequeña.”

Al mensajero no le agradaba, pero comprendía. Había aferrado su esperanza en un pasado por tanto tiempo, que ya no podía seguir mirando hacia atrás. Las cosas suceden. Cambian. Debía aceptarlo y seguir adelante. Len todavía tenía sus propios problemas y no podía brindarle la intimidad emocional que él anhelaba. Ella ya quería tenerlo en su vida a pesar de todo, y él no podía sentirse con derecho a exigir más.

“Te daré tu espacio,” dijo. “Honestamente, solo me alegra que podamos volver a ser amigos, y mantenernos así.”

Todo lo que Ryan había deseado, era que alguien lo recordara.

No podía pedir más de Len, ahora que ella había cumplido su deseo más querido.

—Creo que tal vez me equivoqué. No creo que seamos los mejores amigos. Parece... parece que ese término no es lo suficientemente fuerte —. Len le sonrió con brillo cálido y sincero. —Somos familia, Riri.

Sí, efectivamente. Eran familia, aunque quizás no la que Ryan había imaginado, pero familia al fin y al cabo.

Y...

Él estaba en paz con ello.